



Tres detectives y un misterio

Pedro Ruiz García

Ilustraciones de
Inma Almansa



Premio Algar
de Novela Infantil

algar



1

Para una vez que soy el protagonista...

—¡Al despacho de la directora!

Si escuchas esto por la megafonía de mi instituto es porque te la has cargado con todo el equipo. ¿Cuáles son las respuestas habituales del desafortunado en cuestión? Echarse a temblar, morderse las uñas, ocultar la cabeza bajo la mesa como si fuese un avestruz... Y una larga lista de cosas que alguien solo hace cuando está muerto de miedo.

Yo, en cambio, continué en mi asiento más tranquilo que los músicos del Titanic antes de naufragar.

Nos encontrábamos en clase de Matemáticas. Y reconozco que me encantaba saborear aquellos instantes. Aguardé a que la directora Begoña pronunciase mi

nombre por segunda vez. Para una ocasión en la que era el protagonista en algo...

—¡Repito! Miguel Andrei, acuda al despacho de la directora de inmediato —insistió el eco metálico que brotaba de los altavoces.

Todos los de clase —incluso Chui Mai, que había llegado de China dos meses atrás y solo sabía decir en nuestro idioma *hola, guay* y *olvidame*— habían apartado la vista de los problemas con fracciones.

Veinte pares de ojos me observaban igual que si me hubiera tocado viajar a la Luna. No los culpaba por sus miradas desbordadas de envidia. Escabullirse de una de las clases de Mates de Charo era como ser rescatado en mitad de un ataque de avispas.

—No te hagas el remolón, Miguel —dijo mi profesora, convirtiéndome en el objetivo de sus penetrantes ojos oscuros—. Piensa que estás haciendo una indispensable labor para el centro. Ya encontraré la forma de premiarte.

Eso era exactamente lo que deseaba escuchar. Y no me refiero a lo de «indispensable», que no sabía muy bien qué significaba, sino a lo de premiarme. No me gustaba abusar. Sin embargo, ¿a quién no le viene bien un empujoncito en Matemáticas?

Antes de ponerme en pie, resoplé como si pretendiese espantar a una mosca de mi nariz. Fingí que aquello me suponía más esfuerzo que madrugar. No obstante, al salir de clase, me contuve para no saltar de alegría.

Sonreí y respiré con más alivio que Hércules después de completar sus doce trabajos. Ya me hubiese gustado ver al hijo de Zeus enfrentándose a semejante ejército de numeradores y denominadores.

«Veamos qué tenemos esta vez», pensé, y me puse en camino.

La puerta del despacho permanecía abierta. En su interior, la silueta de la directora se adivinaba tras una montaña de papeles. Sentada frente a ella, una chica de mi edad permanecía con los labios muy apretados. ¿Quizás a punto de llorar? Su pelo castaño y ondulado le cubría la mitad de la cara. Se encontraba con los brazos cruzados.

Se trataba de mi cuarto caso y ya estaba acostumbrado a toparme con aquellas caras más largas que una noche de invierno, con aquellos rostros tan perdidos que parecían pertenecer a alguien abandonado en otro planeta y rodeado de extraterrestres.

Por suerte, sus caritas de funeral desaparecían una vez que yo entraba en acción.

2



Un nuevo caso

La directora Begoña se quitó las gafas al verme. Se alisó el cuello de su traje de chaqueta y una enorme sonrisa se le dibujó en el rostro; su expresión me recordó a la de mi amigo Juanvivi cuando nos aplazan un examen para el que no ha estudiado.

—Buenos días, Miguel. Te presento a... —La directora volvió a ajustarse las gafas para consultar una de las hojas—. Agni... Agniezs... Agniezska —dijo por fin—. Acaba de llegar de Rumanía. Tiene trece años y va a estar en tu clase. Necesito que me ayudes a enseñarle el instituto y a traducirle las normas.

—Ya sabe que me encanta ayudar, pero ahora no es un buen momento —fingí contrariedad.

—Puedo conseguirte un helado de chocolate para el postre.

—No sé. —Chasquéé la lengua—. Estamos en mitad de clase de Matemáticas y...

—Ya entiendo —me interrumpió la directora entornando un ojo—. Helado de postre para toda la semana.

—¿Podría ser durante un mes? —aventuré.

—¡No te pases, Miguel! Dejémoslo en dos semanas.

Begoña se puso en pie. Sus ojos pardos se habían transformado en canicas de las grandes, lo que quería decir que era su última oferta.

—Dos semanas —acepté alargando mi mano.

Lejos de estrecharla, la directora cabeceó hacia la nueva alumna.

—Mi nombre es Miguel —saludé a la chica en rumano—. Te voy a traducir algunas cosas que quiere explicarte la directora Begoña.

Ella no dijo nada, ni en castellano ni en rumano. La expresión de su cara era la de alguien que había escapado por los pelos de un tiranosaurio y todavía continuaba en *shock*.

No era la primera vez que echaba una mano a la directora con los nuevos alumnos que llegaban de Rumanía. Mi madre nació en aquel país, en la región de Transilvania. Concretamente en Sighișoara, el pueblo del conde Drácula. No es que yo sea su descendiente directo ni nada por el estilo. Simplemente, me gusta decirlo porque, cuando cuento el detalle, a la gente se

le pone la piel de gallina y empieza a bombardearme a preguntas. He descubierto que es un ardid infalible para entablar conversación.

La historia de mi padre es menos emocionante. Nació en un pueblo de Castilla y escribe guiones para documentales. Aunque precisamente conoció a mi madre gracias a su trabajo. Mi padre viajó a Sighișoara en busca de información para un documental sobre Drácula y mi madre era la conductora del taxi que lo recogió en el aeropuerto. Ahí comenzó todo.

Tener raíces en dos países resulta un poco lioso. Por ejemplo, ocurre con mi nombre. Miguel por mi abuelo paterno y Andrei por el materno. O el hecho de que mi padre me hable en un idioma y mi madre en otro. Por el contrario, también cuenta con sus ventajas.

Para la directora y los profesores, es un auténtico quebradero de cabeza lograr comunicarse con los niños que llegan de otros países. A mí no me importa echarles una mano. Sin embargo, tal y como la profesora Charo explicó en Ciencias, para que una relación simbiótica perdure, ambas partes deben salir beneficiadas.

—Te mostraré el centro, Arbiezska —dijo la directora.

—Es Agniezska —señalé.

—Pues eso, Agriceska.

La directora Begoña se dobló sobre ella y le estrujó una mejilla con dos dedos.

Todos los niños que conozco, no importa su país, odian que les aprieten la mejilla. Sin embargo, Agniezska

ni se inmutó. Continuó sentada de brazos cruzados sin mover ni un músculo.

—¡Vamos! —habló Begoña.

—¡Vamos! —dije yo en rumano.

Pero la chica prosiguió inmóvil. Solo se puso en pie cuando Begoña le tomó la mano.